

Pierre Teilhard de Chardin, ciencia y espiritualidad ignaciana

Agustín Udías

La mayor preocupación de Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955), como sacerdote jesuita y a la vez reconocido científico en el campo de la geología y paleontología, fue siempre cómo integrar el pensamiento cristiano dentro de la nueva cosmovisión presentada por las ciencias de un mundo en evolución y desarrollar una espiritualidad para el mundo actual, condicionado por la ciencia y la tecnología. Su interés por la ciencia comienza muy pronto ya en su infancia. Entre 1905 y 1908, como profesor de ciencias en el colegio jesuita de El Cairo comenzó sus primeros trabajos de geología, interés que continuó después toda su vida. Durante la Primera Guerra Mundial sirvió de camillero y experimentó una experiencia que le marcó profundamente en lo que más tarde llamaría “un bautismo en lo real”, la inmersión en la gran confrontación humana de la guerra. En esa época empezó sus primeros escritos en los que se vislumbra ya su concepción del mundo revelado por la ciencia y la experiencia mística de la presencia de Cristo en el mundo. Después de terminada su licenciatura y doctorado en geología en la universidad de París, en 1923 Teilhard realiza su primer viaje a China donde trabaja en la geología y paleontología del norte de China y Mongolia. Desde entonces su trabajo se vincula con el estudio de los restos fósiles humanos, interviniendo en el descubrimiento del “hombre de Pekín”. A partir de 1939 empieza a ser reconocido internacionalmente en los círculos científicos y realiza numerosos viajes a Francia y Estados Unidos y sus trabajos de campo se extienden además de China a Cachemir, Java, Burma, India, Etiopía y África del Sur. Sus trabajos científicos se encuentran publicados en más de 200 artículos. Fue de esta forma un verdadero científico reconocido por sus trabajos de geología y paleontología.

Teilhard, a lo largo de su vida, al mismo tiempo que su trabajo científico, realiza una continua producción de su pensamiento filosófico y religioso, tratando de repensar la formulación de la fe cristiana, desde la visión científica de un universo en evolución, detrás del cual se encuentra

también el desarrollo de una espiritualidad nueva muy personal, fruto de una verdadera experiencia mística. En consecuencia, su espiritualidad se ve, de esta forma, profundamente afectada por su visión científica del mundo y se apoya en las dos columnas que soportan toda su vida, su trabajo científico y su experiencia sacerdotal y mística. Esta espiritualidad tiene un profundo trasfondo ignaciano como puede verse en los apuntes de sus Ejercicios Espirituales anuales. Este trasfondo se revela sobre todo en su profundo cristocentrismo y en el encontrar a Dios en todas las cosas de la contemplación ignaciana para alcanzar amor. A la base está la visión que la ciencia ha ido desarrollando de un universo en evolución, a partir del estado inicial del *big-bang*, desde las partículas elementales, por incremento en complejidad a la aparición de la vida sobre la tierra y finalmente de la vida inteligente. Para Teilhard, el proceso evolutivo del universo que tiende desde el principio hacia el espíritu tiene que ser convergente hacia un hipotético Punto-Omega en que se realiza su perfección final. Sin esa convergencia el universo estaría avocado finalmente a la muerte total y carecería de sentido. Sobre esa visión del mundo, se proyecta la fe en la encarnación en la que Dios mismo en Cristo se hace presente en ese universo que ha creado precisamente de esa forma evolutiva como su inicio creador y como el fin último de toda su evolución. De esta forma, el universo entero evolutivo presentado por la ciencia es visto por Teilhard como un universo en el que Cristo está presente y que, llevado y atraído por él, a través del progreso humano, tiende a su realización final en él como su verdadero Punto Omega. Los dos procesos para realizar esta síntesis de Cristo y el universo son, en sus mismas palabras: “Cristificar el Universo” y “Universalizar a Cristo”. Sin Cristo, el universo está sin cabeza, le falta la pieza clave que culmine y aguante todo su edificio. Por otro lado, Cristo solo puede entenderse del todo como, precisamente, el Alfa y el Omega del Universo. Es decir, Cristo está presente en el mundo primero como creador y origen, a través de su Encarnación como formando parte de él y como fin último o Punto Omega, al que tiende todo el universo al ser atraído por él para su culminación. Por lo tanto, si el universo es convergente y Cristo ocupa la función de Centro-Omega, para Teilhard toda la cosmogénesis se convierte en una verdadera “Cristogénesis”. Toda la evolución es, por lo tanto, un proceso por el cual se va construyendo el cuerpo del “Cristo Cósmico” o “Total”, que incluye toda la humanidad y el universo mismo.

La espiritualidad de Teilhard tiene también un profundo sentido sacramental, tan importante también en toda espiritualidad ignaciana, contenido en el aspecto eucarístico, expresado en su conocida oración “La Misa sobre

el Mundo”. En ella el mundo es ahora considerado como la Hostia total, que se transforma en cada celebración Eucarística en el Cuerpo y Sangre de Cristo. Desde este punto de vista, esta oración puede considerarse como un resumen de toda su espiritualidad, vista ahora desde el punto de vista de un mundo transformado por la consagración eucarística. El mundo entero es consagrado en una “única Misa” y se participa de él en una “única comunión”, en la que todo el universo y todos los hombres se pueden considerar como la “carne” de Cristo. Así él puede afirmar: “A través de todos los días, de cada hombre, de todas las edades de la Iglesia y todos los periodos del mundo, no hay más que una sola Misa y una sola Comunión”. En esa sola Misa y sola Comunión se consagra el universo entero. El mundo material incluida la humanidad entera es, por lo tanto, para Teilhard, parte del Cristo Cósmico que lo abarca todo. Es, también, ese Cristo Cósmico el que ofrecemos y comulgamos en cada Eucaristía.

La espiritualidad de Teilhard, por lo tanto, no es solo el resultado de una reflexión teológica sobre la visión del mundo que presenta hoy la ciencia, sino sobre todo el fruto de una experiencia mística basada en la oración, en la que la presencia y acción de Cristo están presentes y llenan el universo evolutivo que le ha presentado la ciencia. Para Teilhard, por lo tanto, ni Cristo puede concebirse separado del universo, ni el universo separado de Cristo. Él se consideró como el “evangelista” de esta visión de Cristo que constituía para él como un “nuevo cristianismo”, que él llamó “la religión del futuro”. Teilhard vivió con pasión esta presencia y acción de Cristo en el mundo y se esforzó por comunicarla desde su trabajo científico y sus reflexiones teológicas, de todas las formas posibles, a pesar de todos los obstáculos e incomprensiones que encontró.